

Gerchunoff está viviendo con la política del peronismo, opone su esperanza al retorno de lo que él caracteriza como el «idealismo de la época creadora» (89), su utopía retrospectiva: «Volveremos, por lo tanto, al mesianismo de los obreros económicos y de los conformadores sociales de la Argentina de 1886 a 1930 ... Retornaremos al equilibrio democrático, a la medida convivial, sin altibajos violentos, sin barbarie y sin regímenes extorsivos...» (89-90).

Hacia 1950, los objetivos de Andrade como intelectual de la generación del 80 servían a Gerchunoff para oponer liberalismo institucionalista a fascismo antidemocrático. Así, en una época en que su discurso tenía principalmente como objetivo una tenaz militancia antinazi, los versos finales de la *Atlántida* que afirman: «Y su mano, del Plata desbordante/ La inmensa copa a las naciones tiende», y bregan por la «eterna comunión de las naciones», se reescriben en *Entre Ríos, mi país* a través del «yo» de un judío de origen ruso que, situándose desde la perspectiva de un hombre del 80, se disuelve en un «nosotros» argentino: «Nosotros, en la Argentina, nos inflamamos con la volición del progreso económico y le dimos, con la remembranza del idealismo revolucionario de 1810, con el romanticismo de la sociedad igualitaria, con el aventurerismo que impulsó la conquista y la colonización, la trascendencia de una empresa mesiánica, nos hicimos los misioneros de los que no tenían cabida en sus viejos lares. «Venid» –les dijimos–; aquí tendréis lo que os falta.» (85).

Y ya sin recordar acciones discriminatorias, olvidando *pogroms* y leyes de residencia, afirma: «Los aluviones internacionales arribaban a la Argentina sin que se temiese a lo que pudieran traer, a los problemas que podían provocar con su diversificación y con su tardanza en la adaptación al nuevo medio físico y social» (83).

Así, Andrade y Leguizamón aparecen en el árbol genealógico del autor de *Los gauchos judíos* como los referentes intelectuales de un proyecto creador que persiste en mantenerse ideológicamente fiel a sí mismo. A través de su posicionamiento como último eslabón de la cadena entrerriana, Gerchunoff buscó con insistencia construir un espacio político y cultural donde albergar su condición de escritor judío-argentino. Su estrategia era perfectamente consciente: ocupándose en *La Nación* del fallecimiento de Leguizamón, se refirió a este árbol genealógico provincial en el que cada uno es legitimado por su antecesor inmediato en función de una red de contenidos estético-ideológicos explícitos: «[Leguizamón] se sentía hombre de letras; en su espíritu influía el augurio con que le saludó su glorioso comprovinciano Olegario Andrade con motivo de su *Canto a la bandera de los Andes*. Desde entonces, puede decirse, fue esencialmente escritor, a pesar de que se consagró a funciones públicas, a la enseñanza, a su bufete de abogado.» (219).

Como Leguizamón encuentra en Andrade a su padre legitimador, Gerchunoff, a su vez, encontrará en Leguizamón ese «augurio» de su «glorioso comprovinciano» con motivo de *Los gauchos judíos*. Esta filiación tiene asimismo otros detalles para su justificación: en 1924, Leguizamón fue, además, uno de los ordenadores y críticos de la vida y obra de Andrade, cuya divulgación había estado hasta entonces poblada de errores cronológicos.

El constante interés de Gerchunoff por la figura del intelectual, del «hombre de letras», no se agota, sin embargo, en estos nombres. Por el contrario, se observa repetidamente en su vida y en su producción escrituraria. Desde su temprana relación con Roberto J. Payró y los miembros del diario *La Nación* –cuya veneración puede reconocerse en los textos de *Figuras de nuestro tiempo*–, hasta su devoción por Cervantes, Heine y Spinoza, toda su biografía literaria puede leerse como una metafórica búsqueda de «padres» literarios capaces de legitimar su filiación-otra: su condición de judío dentro de una sociedad católica.

Leguizamón y Andrade constituyen, dentro de este conjunto, las dos condensaciones de esa inalterable fidelidad que Gerchunoff mantuvo frente al liberalismo argentino a través de un arco de casi cuarenta años de cambios políticos y sociales; en ellos están comprendidos y comprometidos algunos de los acontecimientos más decisivos para el destino judío en la historia mundial. Esa *Autobiografía* escrita a una edad en que habitualmente nadie escribe su autobiografía, no hace sino remarcar el énfasis con que el autor selló, a los treinta y un años de su edad, un compromiso definitivo con el ideario de la eufórica Argentina del Centenario.

## Bibliografía

- ALTAMIRANO, Carlos y BEATRIZ Sarlo: «La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos». *Ensayos argentinos*. Buenos Aires: CEAL, 1983. 69-105.
- ANDRADE, Olegario, V: *Obras poéticas*. Buenos Aires: Sopena, 1938.
- GERCHUNOFF, Alberto: *Los gauchos judíos*. La Plata: Joaquín Sesé, 1910.
- *Entre Ríos, mi país*. Buenos Aires: Futuro, 1950.
- *Figuras de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Vernácula, 1979.
- LEGUIZAMÓN, Martiniano: *Calandria. Del tiempo viejo*. Buenos Aires: Hachette, 1961.
- SENKMAN, Leonardo: *La identidad judía en la literatura argentina*. Buenos Aires: Pardés, 1983.